

DE BUENAS LETRAS

# Antonio Machado y Almuñécar

ARCADIO ORTEGA MUÑOZ

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Jamás visitó Almuñécar. Si lo hubiese hecho, recogería en destacado lugar de sus escritos la impresión, sin duda encomiable, que le produjera contemplar la pasiva belleza de sus playas, lo aguerrido de sus peñones y el cielo inmarcesible que cada día cubre este rincón fortuito de la naturaleza que conquistaron los fenicios, desarrollaron los romanos, disfrutaron los árabes y dieron esplendor los cristianos cuando al fin pasó a ser zona efectiva de los reinos cristianos.

No pisó la arena de este enclave, donde la luz difusa y persuasiva ofrece las albas más hermosas y se extasia en los profundos y solemnes ocasos del devenir de cada tarde, cuando por la Punta de la Mona se parte en mil cristales un sol cansado que pierde lozanía, mientras su foco enorme se perfila en los rojos que fueron osadía, muriendo entre amarillos sempiternos como un leve presagio que agiganta la espera de una mañana nueva, donde vuelen las aves llegadas de levante.

Y si hubiese venido, si fuese visitante, al menos unas horas, de esta tierra dormida en ondas y arabescos, donde se escancia el mar y reverbera y bulle al son de las nereidas, hubiese utilizado su metáfora leve para pulir algunos de sus versos enormes, dulcificando etapas de sueños aturridos por lejanas comarcas de Castilla insepulta, también las de Baeza, incluso, si se apura, de las tardes cansinas de una Sevilla núbil traspasada en estios, quizás insoportables.

Si el destino impactante y el juego del futuro, los tantos avatares de la vida y su imprevista, lo hubiesen transportado hasta esta tierra noble, escogida y selecta por la naturaleza para ofrecer la paz, el silencio y la vida temblorosa y silente que engendra tanta dosis de perfecta armonía, seguro que en su verso, o en sus tantos escritos, recogería la impronta de un pasado genuino, de un presente innegable que viviría a su paso y el preciso futuro que extendería su lumen acariciando el tiempo que ya hoy se extasia como una bendición

que nos muestra Dios padre.

Si hubiera él venido, si pasase unas horas contemplando este pueblo, al menos un instante, como en caleidoscopio, con el fluir de luces y el susurro del agua, durmiendo en cada ola que se opaca en el limo, estoy bien seguro, por eso lo transmito, que estaría en sus versos, figuraría en espacios donde quizás grabara un romance de ensueño, un cuento para el alba, al menos unas frases de belleza infinita que hoy serían lema para ofrecer la dicha que se vive y se sueña en esta singladura del más noble paraíso.

Pero jamás estuvo, no pisó nuestro suelo, se desvivió en las tierras de España en su nobleza, del Madrid transitivo, quedando en sus recuerdos el patio de Sevilla, el huerto claro y el noble limonero que arguyó como historia cuando miro silente a un pasado dormido que se esculpió en la infancia, la infancia de aquél niño que jamás fue feliz, y que murió en Colliure un día de mala suerte, cuando todo era caos y banderas y himnos.

Almuñécar, un día de luminosa gloria, decidió dedicarle una calle pequeña, un recuerdo querido muy cerquita del mar, apenas unos pasos ante el batir de olas, en el barrio que fuera de antiguos pescadores, y que bien entonces con aquellas palabras que dijera el maestro: Y cuando llegue el día del último viaje, y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, me encontraréis a bordo, ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar.

Lástima que falte sensibilidad –antes y ahora– en los órganos de gobierno del Ayuntamiento de este Almuñécar tan digno y tan hermoso, para pavimentar su calle, poner rótulos en las esquinas, e incluirla en las rutas de limpieza.